

Mucho más tarde, cuando Jaime Astarloa quiso reunir los fragmentos dispersos de la tragedia e intentó recordar cómo había empezado todo, la primera imagen que le vino a la memoria fue la del marqués. Y aquella galería abierta sobre los jardines del Retiro, con los primeros calores del verano entrando a raudales por las ventanas, empujados por una luz tan cruda que obligaba a entornar los ojos cuando hería la guarda bruñida de los floretes.

El marqués no estaba en forma; sus resoplidos recordaban los de un fuelle roto, y bajo el peto se veía la camisa empapada en sudor. Sin duda expiaba así algún exceso nocturno de la víspera, pero Jaime Astarloa se abstuvo, según su costumbre, de hacer comentarios inoportunos. La vida privada de sus clientes no era asunto suyo. Se limitó a parar en tercia una pésima estocada que habría hecho ruborizar a un aprendiz, y se tiró luego a fondo. El flexible acero italiano se curvó al aplicar un recio botonazo sobre el pecho de su adversario.

—Tocado, Excelencia.

Luis de Ayala-Velate y Vallespín, marqués de los Alumbres, ahogó una castiza maldición mientras se arrancaba, furioso, la careta que le protegía el rostro. Estaba congestionado, rojo por el calor y el esfuerzo. Gruesas gotas de sudor le corrían desde el nacimiento del pelo, empapándole las cejas y el mostacho.

---

—Maldita sea mi estampa, don Jaime —había un punto de humillación en la voz del aristócrata—. ¿Cómo lo consigue? Es la tercera vez en menos de un cuarto de hora que me hace morder el polvo.

Jaime Astarloa se encogió de hombros con la apropiada modestia. Cuando se quitó la careta, en la comisura de su boca se dibujaba una suave sonrisa, bajo el bigote salpicado de hebras blancas.

—Hoy no es su mejor día, Excelencia.

Luis de Ayala soltó una jovial carcajada y se puso a recorrer a grandes pasos la galería adornada con valiosos tapices flamencos y panoplias de antiguas espadas, floretes y sables. Tenía el cabello abundante y crespo, lo que le daba cierto parecido con la melena de un león. Todo en él era vital, exuberante: grande y fornido de cuerpo, recio vozarrón, propenso al gesto ampuloso, a los arrebatos de pasión y de alegre camaradería. A sus cuarenta años, soltero, apuesto y —según afirmaban— poseedor de notable fortuna, jugador e impenitente mujeriego, el marqués de los Alumbres era el prototipo del aristócrata calavera en que tan pródiga se mostró la España del XIX: no había leído un libro en su vida, pero podía recitar de memoria la genealogía de cualquier caballo famoso en los hipódromos de Londres, París o Viena. En cuanto a mujeres, los escándalos con que de vez en cuando obsequiaba a la sociedad madrileña constituían la comidilla de los salones, siempre ávidos de novedad y murmuraciones. Llevaba los cuarenta como nadie, y la sola mención de su nombre bastaba para evocar, entre las damas, románticos lances y pasiones tempestuosas.

La verdad es que el marqués de los Alumbres tenía su propia leyenda en la timorata corte de Su Ma-

jestad Católica. Se decía entre susurros de abanico que en el curso de una francachela había protagonizado una pelea a navajazos en un figón de Cuatro Caminos, lo cual era falso, y que había apadrinado en su cortijo de Málaga al hijo de un famoso bandolero tras la ejecución de éste, lo que era rigurosamente cierto. De su vida política se murmuraba poco, porque había sido fugaz, pero sus historias de faldas corrían en lenguas por la ciudad, rumoreándose que algunos encumbrados esposos tenían sobrados motivos para exigirle satisfacción; que se decidieran o no, eso era ya otro asunto. Cuatro o cinco habían enviado padrinos, más por el qué dirán que por otra cosa, y el gesto, además del obligado madrugón, les había costado invariablemente amanecer desangrándose sobre la hierba de cualquier prado en las afueras de Madrid. Decían las lenguas de doble filo que entre quienes podían haberle pedido reparación se contaba el propio rey consorte. Pero todo el mundo sabía que si a algo se inclinaba don Francisco de Asís, no era precisamente a sentir celos de su augusta esposa. En última instancia, que la propia Isabel II hubiera sucumbido o no a los incontestables encantos personales del marqués de los Alumbres, era un secreto que sólo pertenecía a los supuestos interesados, o al confesor de la reina. En cuanto a Luis de Ayala, ni tenía confesor ni, según propias palabras, maldita la falta que le hacía.

Quitándose el peto acolchado para quedar en mangas de camisa, el marqués dejó el florete sobre una mesita en la que un silencioso sirviente había colocado una bandeja de plata con una botella.

—Por hoy está bien, don Jaime. No logro dar una a derechas, así que arrío el pabellón. Tomemos un jerez.

---

La bebida, tras la diaria hora de esgrima, se había convertido en un rito. Jaime Astarloa, careta y florete bajo el brazo, se acercó a su anfitrión, aceptando la copa de cristal tallado donde el vino relucía como oro líquido. El aristócrata aspiró con deleite el aroma.

—Hay que reconocer, maestro, que en Andalucía saben embotellar bien las cosas —mojó los labios en la copa y chasqueó la lengua, satisfecho—. Mírelo al trasluz: oro puro, sol de España. Nada que envidiar a esas mariconadas que se beben en el extranjero.

Don Jaime asintió, complacido. Le gustaba Luis de Ayala, y también que éste lo llamara maestro, aunque no se tratase exactamente de uno de sus alumnos. En realidad, el de los Alumbres era uno de los mejores esgrimistas de la Corte, y hacía años que no precisaba recibir lecciones de nadie. Su relación con Jaime Astarloa era de otra índole: el aristócrata amaba la esgrima con la misma pasión que dedicaba al juego, las mujeres y los caballos. A tal efecto pasaba una hora diaria en el saludable ejercicio de tirar con florete, actividad que, dado su carácter y aficiones, le resultaba por otra parte extremadamente útil a la hora de solventar lances de honor. Para gozar de un adversario a su altura, Luis de Ayala había recurrido, cinco años atrás, al mejor maestro de armas de Madrid; pues don Jaime era conocido como tal, si bien los tiradores a la moda consideraban su estilo demasiado clásico y anticuado. De esta forma, a las diez de cada mañana excepto sábados y domingos, el profesor de esgrima acudía puntualmente al palacio de Villaflores, residencia del aristócrata. Allí, en la amplia galería de esgrima construida y acondicionada según los más exigentes

requisitos del arte, el marqués se entregaba con encarnizado tesón a los asaltos, aunque por lo general terminaban imponiéndose la habilidad y el talento del maestro. Como jugador de raza, Luis de Ayala era, sin embargo, buen perdedor. Admiraba, además, la singular pericia del viejo esgrimista.

El aristócrata se palpó el torso con gesto dolorido y emitió un suspiro.

—Por las llagas de sor Patrocinio, maestro, que me ha dejado usted bien aviado... Voy a necesitar varias fricciones de alcohol después de su exhibición.

Jaime Astarloa sonrió con humildad.

—Ya le dije que hoy no es su mejor día, Excelencia.

—Desde luego que no. Si los floretes no llevan botón en la punta, a estas horas yo estaría criando malas. Me temo que he estado lejos de ser un digno adversario.

—Las calaveradas se pagan.

—¡Y que lo diga! Sobre todo a mi edad. Ya no soy un pollo, qué diablos. Pero la cosa no tiene arreglo, don Jaime... Nunca adivinaría usted lo que me pasa.

—Imagino que Su Excelencia se ha enamorado.

—En efecto —suspiró el marqués, sirviéndose más jerez—. Me he enamorado como un lechuguino cualquiera. Hasta las cachas.

Carraspeó el maestro de esgrima, atusándose el bigote.

—Si no llevo mal la cuenta —dijo— es la tercera vez en lo que va de mes.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que cuando me enamoro, me enamoro de verdad. Como un choto. ¿Comprende lo que quiero decir?

---

—Perfectamente. Incluso sin la licencia poética, Excelencia.

—Es curioso. A medida que pasan los años, me enamoro con mayor asiduidad; es superior a mí. El brazo sigue fuerte, pero el corazón es débil, como decían los clásicos. Si yo le contara...

En ese punto, el marqués de los Alumbres se lanzó a describir, con medias palabras y elocuentes sobrentendidos, la arrebatadora pasión que lo había dejado exhausto al filo de la madrugada. Toda una señora, por supuesto. Y el marido, en la inopia.

—En resumen —sonrisa cínica en la cara del marqués—. Hoy me veo así por mis pecados.

Don Jaime movió la cabeza, irónico e indulgente.

—La esgrima es como la comunión —amonestó con una sonrisa—. Hay que ir a ella en la debida disposición de cuerpo y alma. Contravenir esa ley suprema trae implícito el castigo.

—Diablo, maestro. Tengo que anotar eso.

Jaime Astarloa se llevó la copa a los labios. Su aspecto contrastaba con la vigorosa humanidad de su cliente. El maestro de esgrima había rebasado con creces el medio siglo; era de mediana estatura, y su extrema delgadez le daba una falsa apariencia de fragilidad, desmentida por la firmeza de sus miembros, secos y nudosos como sarmientos de vid. La nariz ligeramente aguileña bajo una frente despejada y noble, el cabello blanco pero todavía abundante, las manos finas y cuidadas, transmitían un aire de serena dignidad, acentuado por la expresión grave de sus ojos grises, bordeados por infinidad de pequeñas arrugas que los hacían muy vivaces y simpáticos al agolparse en torno

a ellos cuando sonreía. Llevaba el bigote muy cuidado, a la vieja usanza, y no era ése el único rasgo anacrónico que podía observarse en él. Sus recursos sólo le permitían vestir de forma razonable, pero lo hacía con una decadente elegancia, ajena a los dictados de la moda; sus trajes, incluso los más recientes, estaban cortados según patrones de veinte años atrás, lo que a su edad era, incluso, de buen tono. Todo esto daba al viejo maestro de esgrima el aspecto de haberse detenido en el tiempo, insensible a los nuevos usos de la agitada época en que vivía. Lo cierto es que él mismo se complacía íntimamente en ello, por oscuras razones que quizás ni el propio interesado hubiera sido capaz de explicar.

El criado trajo sendas jofainas con agua y toallas para que maestro y cliente se lavasen. Luis de Ayala se despojó de la camisa; en su poderoso torso, todavía reluciente de sudor, se apreciaban las marcas rojas de los botonazos.

—Por los cuernos de Lucifer, maestro, que me ha dejado usted hecho un Nazareno... ¡Y pensar que le pago por esto!

Jaime Astarloa se secó el rostro y miró al marqués con benevolencia. Luis de Ayala se remojaba el pecho, resoplando.

—Claro que —añadió— más estocadas da la política. ¿Sabe que González Bravo me ha propuesto recobrar mi escaño? Con vistas a un nuevo cargo, dice. Debe de estar con el agua al cuello, cuando se ve obligado a recurrir a un perdis como yo.

El maestro de esgrima compuso un gesto de cordial interés. En realidad la política le traía sin cuidado.

—¿Y qué piensa hacer Vuestra Excelencia?

El de los Alumbres se encogió de hombros, desdeñoso.

—¿Hacer? Nada en absoluto. Le he dicho a mi ilustre tocayo que a ese tren se suba su señor padre. Con otras palabras, claro. Lo mío es la disipación, un tapete en cualquier casino y unos ojos hermosos a mano. De lo otro ya tengo bastante.

Luis de Ayala había sido diputado en Cortes, ocupando también por un breve período cierta importante secretaría en el Ministerio de la Gobernación durante uno de los últimos gabinetes de Narváez. Su cese, a los tres meses de ocupar el cargo, coincidió con el fallecimiento del titular de la cartera, su tío materno Vallespín Andreu. Poco después, Ayala dimitía también, voluntariamente esta vez, de su escaño en el Congreso, y abandonaba las filas del partido moderado, en el que había militado tibiamente hasta entonces. La frase «*ya tengo bastante*», pronunciada por el marqués en su tertulia del Ateneo, había hecho fortuna, pasando al lenguaje político cuando se quería expresar un profundo desencanto respecto a la fúnebre realidad nacional. A partir de entonces, el marqués de los Alumbres se había mantenido al margen de cualquier actividad pública, negándose a participar en las componendas cívico-militares que se sucedieron bajo los diversos gabinetes de la monarquía, y se limitaba a observar el discurrir de la agitación política del momento con una sonrisa de *dilettante*. Vivía con un alto tren de vida y perdía, sin pestañear, sumas enormes sobre los tapetes de juego. Los murmuradores comentaban que estaba de continuo al filo de la ruina, pero Luis de Ayala terminaba siempre por



rehacer su economía, que al parecer contaba con recursos insospechados.

—¿Cómo va su búsqueda del Grial, don Jaime?

El maestro de esgrima se estaba abotonando la camisa, e interrumpió la operación para mirar a su interlocutor con gesto apenado.

—No muy bien. Mal, supongo que es la palabra exacta... A menudo me pregunto si la tarea no rebasa mis facultades. Hay momentos en que, se lo confieso a usted honradamente, renunciaría a ella con gusto.

Luis de Ayala terminó sus abluciones, se pasó una toalla por el pecho y cogió la copa de jerez que había dejado sobre la mesa. Hizo vibrar con las uñas el cristal, acercándolo a su oído con gesto satisfecho.

—Tonterías, maestro. Tonterías. Usted es capaz de sacar adelante tan ambiciosa empresa.

Una triste sonrisa aleteó en los labios del maestro de esgrima.

—Me gustaría compartir su fe, Excelencia. Pero a mis años hay demasiadas cosas que se desmoronan... Incluso dentro de uno mismo. Empiezo a sospechar que mi Grial no existe.

—Tonterías.

Hacía muchos años que Jaime Astarloa trabajaba en la redacción de un *Tratado sobre el arte de la esgrima* que, a decir de quienes conocían sus extraordinarias dotes y su experiencia, constituiría sin duda una de las obras capitales sobre el tema cuando viese la luz, sólo comparable a los estudios de grandes maestros como Gomard, Grisier y Lafaugère. Pero el propio autor había comenzado a plantearse en los últimos tiempos serias dudas sobre su propia capacidad para sintetizar en hojas manus-

---

critas aquello a lo que había dedicado su vida. Se daba, por otra parte, una circunstancia que contribuía a aumentar su desazón. Para que la obra fuese el *non plus ultra* sobre la materia que la inspiraba, era necesario que en ella figurase el golpe maestro, la estocada perfecta, imparable, la más depurada creación alumbrada por el talento humano, modelo de inspiración y eficacia. A su búsqueda se había dedicado don Jaime desde el primer día en que cruzó el florete con un adversario. Su persecución del Grial, como él mismo la denominaba, había resultado estéril hasta entonces. Y, ya iniciada la pendiente de su decadencia física e intelectual, el viejo maestro de armas sentía cómo el vigor comenzaba a escapar de sus todavía templados brazos, y cómo el talento que inspiraba sus movimientos profesionales se iba desvaneciendo bajo el peso de los años. Casi a diario, en la soledad de su modesto estudio, inclinado a la luz de un quinqué sobre las cuartillas que el tiempo ya amarilleaba, Jaime Astarloa intentaba inútilmente arrancar a los recovecos de su mente aquella clave que él sabía, por inexplicable intuición, oculta en algún lugar del que se empeñaba en no ser desvelada. Pasaba así muchas noches despierto hasta el amanecer. Otras, arrancado al sueño por alguna inspiración súbita, se levantaba en camisa para, empuñando con desesperada violencia uno de sus floretes, situarse frente a los espejos que cubrían las paredes de su pequeña galería. Allí, intentando concretar lo que minutos antes sólo había sido una fugaz chispa de lucidez en su mente dormida, se enfrascaba en la agónica e inútil persecución, midiendo sus movimientos e inteligencia en silencioso duelo con la propia

imagen, cuyo reflejo parecía sonreírle con sarcasmo desde las sombras.